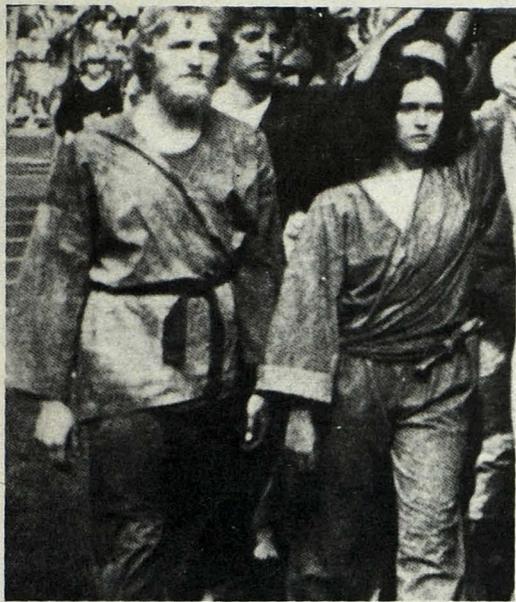


¡Tú tienes poder... de amar!

Por Carlos Balaguer



SUEÑA. Tú tienes poder de soñar y de realizar ese sueño... Erige ciudades en la multitud de tus sueños; elige lo que busque el corazón, brújula del deseo, y procura realizar y vivir ese sueño en la vigilia de tus ojos abiertos. Sueña el corazón enamorado. Así sueña el hombre enamorado de la vida. Y hay sueños engañosos. No sólo mientras duermes, sino en el ensueño de tus ojos abiertos. Pide a Dios sabiduría para reconocer cuándo el sueño es un engaño y no sólo el sueño de la noche, sino el sueño de tus días. Procura vivir el gozo de tus mundos soñados en la realidad concreta de tus mundos despiertos... Tú puedes robar la vida y traerla a la vida. Tú puedes traer oro, pájaros, nubes, cometas y amores desde tu sueño, para vivirlas y gozarlos en el mundo de los ojos abiertos. Porque el corazón humano puede poseer sueños de este y del otro lado.

Porque el hombre es el gran soñador del universo, siguiendo el rostro de sus sueños, se pierde en la noche de su devenir...

LUCHA. Tú tienes poder de luchar y de ganar el amor, la paz, la verdad, la esperanza. En la acción, tu manifiestas la energía vital del universo que sale de ti como de una ventana. Porque sólo somos medio para que esa energía se manifieste.

Procura ganar el amor y la libertad interior en la multitud de tus batallas. No des batalla a tu corazón cuando no vayan en busca del amor. Que tu lucha sea para traer luz y no sombra. Porque es de luz el destino de esa divina energía. Procura vivir y sacar provecho, no sólo de la victoria, sino de la derrota...

Lucha, no sólo ante los demás en el mundo exterior,

sino dentro de ti mismo, venciendo a ti mismo, que sólo así podrás vencer a los demás. Sólo después de vencer en tus mundos internos. Pide a Dios sabiduría para conocer cuándo una lucha es estéril, maligna, vana, injusta, mezquina, sucia, oscura, para evitarla. Uno debe luchar sólo por la luz, no por la amargura, no sólo por satisfacer nuestras derrotas interiores. Allí donde perdemos, pero ante nosotros mismos...

Antes de realizar la victoria de tu lucha exterior, anuncia la victoria de tu lucha interior. Sólo el que viene vencedor de sus mundos internos, puede ganar en la batalla de los mundos externos... Porque podemos ganar la batalla de este lado y del otro; la lucha del otro lado de la piel; la lucha dentro de ti... Porque el hombre es el gran luchador, gladiador de los universos, siguiendo el rastro de sus victorias, se pierde en la noche de los tiempos...

AMA. Tú tienes poder de amar y de vivir el amor.

¡Gracias!

Por Lucía Consuelo Peña Guerrero

¡Gracias por llevarme en tu pensamiento! Oculta a las miradas curiosas de la gente, oculta en la penumbra de un cariño que a veces titila con su luz intermitente, cual pequeña luciérnaga en la insondable oscuridad de la noche.

¡Gracias por el perfume de tu gentil florilegio! Multicolor ramillete de flores que prodigas generoso; especialmente a cuantos disfrutan tu amable compañía y felices comparten tu techo y tu mesa.

¡Gracias por el estímulo vigorizante de tu voz! Consuelo eficaz en la soledad y la nostalgia de los días vacíos y rutinarios.

¡Gracias por la confesión sincera de tu corazón! Clara evidencia "de un cariño que nació como nacen las fontanas en la verde extensión del paisaje". Intensificándose cada día.

Finalmente, gracias por permitir que mis palabras se confundan con el viento y en sonoras ondas te rindan el homenaje de un sentimiento singular, al brindarte en cristalina copa, la ambrosia de entrañable amistad.

Cuando amas, está manifestándose mediante tu amor terreno, el amor universal; el de más allá de las estrellas.

Procura amar en todos los instantes de tu vida. Y no sólo a personas en particular, sino al mundo mismo; no sólo a las materias, sino al mundo mismo; no sólo a las materias sino que a los seres y cosas de los mundos vivos, reales.

No ames las sombras. Guíe la luz a tu corazón cuando vayas a amar. No ames engaños ni espejismos. Pide a Dios sabiduría para reconocer el buen amor. Muchos se engañan a sí mismos diciéndolo que aman, cuando en realidad lo que ocurre es que creen amar. Pero su amor condicionado no es amor de verdad. Dicen amar, pero su amor sólo está en las materias, en los sentidos, en las riquezas materiales y no las inmanentes.

Da amor, aunque nada recibas a cambio. Que tu amor no sólo sea para recibir amor a cambio, sino para, simplemente, dar...

Que tu amor sea para iluminar la vida y no para oscurecerla, porque debes saber que hay un amor egoísta, que llega al corazón humano. ¡Cuidado con ese amor oscuro!

En fin, procura en el amor, amar antes que ser amado. Ama, no sólo en el mundo de afuera, sino dentro de ti. No sólo en las apariencias o acciones, sino dentro de ti ser. Amate a ti mismo. Porque sólo aprendiendo a amarte a ti mismo aprenderás a amar a los demás, de la misma forma que sólo conociéndote a ti, conocerás a los otros. Muchos creen amarse, pero en realidad no se aman. Se maltratan, se agobian, se castigan a sí mismos, se privan de cosas y momentos agradables. Atentan contra el templo de su cuerpo. Atentan contra el recinto del alma (del alma atómica y la universal). Amándose a nosotros mismos, podremos amar a los demás. Ama no sólo en ti, sino después de ti. Porque el hombre es el gran enamorado del cosmos, el gran amante en las estrellas. Siguiendo el rastro de su amor, se perderá en la noche de los mundos...

Pizarrón

"El rey negro"

Por Arturo Uslar Pietri

Podemos fácilmente visualizar una Epifanía del nuevo mundo, en la que concurren, al igual que en la muy antigua y reverenciada del rito cristiano, tres personajes fundamentales que le van a dar desde el inicio su carácter único de universalidad. Los aborígenes americanos, los blancos, representados principalmente por los españoles, y los negros africanos. Desde la Edad Media, y sobre todo en el Renacimiento, los pintores tomaron y retomaron en mil formas el gran tema de la Adoración de los Reyes Magos: Melchor, Baltasar y Gaspar, venidos del Este, según la leyenda, un rey de Arabia, un rey de Persia y un rey de la India, con sus dones de oro, incienso y mirra. Desde el Evangelio de San Mateo la tradición se extendió y amplió. Mateo los llama simplemente "magos", que es lo mismo que sabios; más tarde les dieron nombre y les atribuyeron jerarquía de reyes.

En ninguna parte fue tan visible y real la presencia de esas tres figuras arquetípicas y simbólicas que en la creación del nuevo mundo. Del rey blanco que vino al nuevo continente sabemos mucho. Prácticamente toda la historiografía fue obra suya y lo más esencial de la estructura cultural: lengua, religión, instituciones. El rey indio ya estaba allí desde la más antigua prehistoria, y el que llegó de último fue Gaspar, el negro.

Llegó de último pero con una presencia multitudinaria que se extendió a todo el continente y con una influencia cultural inmensa y todavía no bien conocida. En el gran proceso del mestizaje cultural, que es la característica fundamental del nuevo mundo, su contribución es de una inagotable variedad: Usos, costumbres, alimentación, cantos, ritmos, consejos, tradiciones, actitudes mentales, formas de religiosidad, nociones de sociabilidad y de espiritualidad. El fenómeno cultural americano en toda su extensión sería inmensamente diferente sin la poderosa presencia del negro.

Fue, sin embargo, una presencia involuntaria y fortuita. Ni la geografía ni la historia determinaban ese encuentro. Nunca hubieran venido los africanos por su propia cuenta al nuevo mundo, fue la esclavitud desde el siglo XVI hasta el XIX la que, contra todas las determinantes geográficas y culturales, trajo los hijos del África negra hasta la nueva tierra del otro lado del océano. Numéricamente fue una inmigración muy cuantiosa, desde luego infinitamente mayor que la de los europeos y la más importante en número, si no equivalente, después de los indígenas. Se ha determinado que el número de negros que fueron traídos a la fuerza al continente americano, particularmente a la costa atlántica, oscila entre 15 y 9

millones de individuos. No todos los que eran sacados de África llegaban vivos. Las condiciones atroces de alimentación y alojamiento en los barcos negreros hacían perecer cerca de dos de cada diez esclavos. La cifra obtenida por los estudios más serios fijan la cifra de los extraídos de África en esos casi cuatro siglos en más de 12 millones de individuos y la de los que llegaron vivos en alrededor de 11 millones. Si la mortalidad fue alta, la reproducción fue grande. Estaba en el interés de los esclavistas que hubieran muchos hijos. Para principios del siglo XIX debían constituir, antes de las grandes migraciones europeas que se desataron entonces, más de la tercera parte de la población total del nuevo continente, desde el Brasil hasta Virginia, con grandes concentraciones en las islas y costas del Caribe y con algunas prolongaciones hacia la ribera del Pacífico.

No fueron solamente mano de obra, lo que dado su número tenía que marcar su influencia en la mortalidad colectiva sino que, además, por serles asignado el servicio doméstico, estuvieron durante siglos transmitiendo su acervo cultural africano a las mujeres y los niños de las casas coloniales, con lo que dispusieron ampliamente del más poderoso instrumento de penetración cultural.

No se dispone de estudios globales sobre la presencia y la influencia del negro en el continente americano. En la música y las danzas, desde la chacona antigua hasta el jazz y el rock de nuestros días, desde la alimentación hasta las costumbres, desde el sentido mágico hasta la actitud vital. Para cualquiera que haya tenido suficientemente la experiencia de la realidad cultural americana. Sin excluir el Norte, la contribución múltiple del negro es inocultable en el lenguaje, en los proverbios, en el sentido de la familia y en el folklore.

La codicia criminal del tráfico negrero fue la causa única de ese inmenso fenómeno de transculturación. Ha podido no ocurrir, si en lugar de la economía de plantación hubiera prevalecido la del granjero transplantado que hubo en las colonias del Norte, y la historia del nuevo mundo hubiera sido distinta en muchos aspectos fundamentales. "Yo también soy América", exclamó el poeta negro de los Estados Unidos Langston Hughes. Tal vez era necesario afirmarlo en sus días, pero posteriormente, y mucho más en toda la América Latina, ese ha sido la realidad evidente.

Para la Epifanía del nuevo mundo se requirieron los Tres Reyes Magos. Todavía nos falta mucho para reconocer plenamente la presencia y la contribución del rey negro.